

Job 7:1-7

Job 7:1-7 Epifanía 5 2000

- ¹ ¿No es acaso brega la vida del hombre sobre la tierra,
Y sus días como los días del jornalero?
- ² Como el siervo suspira por la sombra,
Y como el jornalero espera el reposo de su trabajo,
- ³ Así he recibido meses de calamidad,
Y noches de trabajo me dieron por cuenta.
- ⁴ Cuando estoy acostado, digo: ¿Cuándo me levantaré?
Mas la noche es larga, y estoy lleno de inquietudes hasta el alba.
- ⁵ Mi carne está vestida de gusanos, y de costras de polvo;
Mi piel hendida y abominable.
- ⁶ Y mis días fueron más veloces que la lanzadera del tejedor,
Y fenecieron sin esperanza.
- ⁷ Acuérdate que mi vida es un soplo,
Y que mis ojos no volverán a ver el bien.

Este texto parece uno de los más deprimentes que se podría escoger. Si todo lo que tuviéramos fueran las palabras de este texto, estaríamos sin aliento ni esperanza. Pero hay que reconocerlo, son palabras que han escapado de la boca de un creyente, y de hecho de un creyente modelo de quien Dios había dicho: “¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?” ¿Cómo puede un hombre que recibe este testimonio hablar así sin negar totalmente su fe en Dios y hundirse totalmente en su desesperación? Pero sabemos que Job no se perdió. Que aunque en su severa prueba dijo muchas cosas que son realmente injustificables, sin embargo Dios le mantuvo en la fe durante su severa lucha, y que pensamientos como las que expresa Job aquí no expresan todo lo que estaba en el interior de Job.

Pero al mismo tiempo, hay que reconocer que Job tuvo tales pensamientos. Y no hay que extrañarnos cuando pensamientos de esta índole vengan también a nosotros y a nuestros hermanos cristianos cuando llegan las horas oscuras de una severa enfermedad u otra gran prueba de la fe. Nos conviene confrontar estos pensamientos con la palabra de Dios, para que sepamos en dónde encontrar aliento y consuelo nosotros mismos, y cómo alentar y consolar a nuestros hermanos en sus momentos de prueba y sufrimiento. Meditemos en el tema: **Pensamientos sombríos en los días oscuros de la enfermedad.**

Como Job, cuando nos llegan días de dolor y sufrimiento, nos pueden llegar pensamientos de los más negros. En esos días la vida no parece tener sentido. Como Job, podemos pensar que la vida es inútil. Job se expresa así. “¿No es acaso brega la vida del hombre sobre la tierra, Y sus días como los días del jornalero?” Le parece que la vida es solamente lucha interminable, un problema tras otro. Un día de dolor le sigue a otro, y todo parece sin sentido. Lo compara al jornalero, que todo el día labora y se esfuerza, para llegar al fin del día — y no le pagan.

“Como el siervo suspira por la sombra, Y como el jornalero espera el reposo de su trabajo”. Menciona dos condiciones en la vida. Primero, la del esclavo, quien trabaja sin alivio todo el día. Sólo quiere que se acabe el día, para al fin echarse a la sombra para recuperar sus fuerzas durante la noche, para al día siguiente seguir con la misma faena fatigosa. En segundo lugar, la del jornalero, que soporta el sol y el calor del día, y cuya única esperanza es la miseria que le pagan al final del día, si no es que lo defrauden también de eso.

Pero aun el final del día no trae alivio. Su situación es peor que la del esclavo y el jornalero. Ni la noche trae descanso, sino cada minuto parece horas, y las horas una eternidad. Debido al dolor y el delirio, no puede siquiera dormir. Dios lo atormenta con pesadillas: “Cuando digo: Me consolará mi lecho, Mi cama atenuará mis quejas; Entonces me asustas con sueños, Y me aterras con visiones”. Así que, el tiempo parece interminable, “Así he recibido meses de calamidad, Y noches de trabajo me dieron por cuenta”. Cada noche es una agonía. “Cuando estoy acostado, digo: ¿Cuándo me levantaré? Mas la noche es larga, y estoy lleno de inquietudes hasta el alba”. Un comentador dijo: “Job vio su vida actual como un tiempo prolongado de miseria. Sufría durante el día, y la noche no trajo ningún alivio. Sólo el que ha experimentado el dolor y el sufrimiento constante puede comprender lo que Job dice en los versículos 4 y 5. Aun así, se puede dudar que algún otro ser humano fuera de nuestro Salvador sufrió con más intensidad que Job”.

¿Qué es lo que ha motivado estas fuertes quejas? Es el sufrimiento intenso y prolongado producido por las síntomas de su enfermedad. En el caso de Job, su piel estaba ulcerada, con pus saliendo y secándose, sólo para volverse a abrir. Las heridas se llenaban de gusanos. No se sanaba, y al mismo tiempo se le negó el alivio de la muerte. “Mi carne está vestida de gusanos, y de costras de polvo; Mi piel hendida y abominable”.

Job es un caso concreto, pero es lejos de ser el único. Muchos cristianos han sido llamados a soportar duras enfermedades, terribles sufrimientos. Puede ser un problema de corazón, que hace que el menor esfuerzo provoque terribles dolores en el

pecho. Puede ser el cáncer, por el cual el cuerpo se desgasta en un proceso gradual, con el dolor creciendo, de modo que muchas veces sólo piden que Dios les lleve ya, y parece que no escucha. Puede ser el artritis, o alguna otra condición dolorosa, que con el tiempo sólo se hace peor. Cuando el cristiano sufre estas condiciones, a veces le es difícil recordar los muchos días de alegría y bendición que Dios le ha concedido también. La pregunta insistente y constante de ¿por qué? le puede llevar al borde de la desesperación. En esos tiempos los más negros pensamientos pueden salir también de la boca del creyente. Tales pensamientos y expresiones en sí son pecado, son blasfemia. Pero son arrancados por la fuerza del dolor del viejo Adán, de modo que cuando oímos pensamientos como los de nuestro texto y lo demás de este capítulo, no debemos estar demasiado listos a juzgar que el que habla así ha negado la fe ya y es un apóstata. Eso seguramente es una de las lecciones más importantes del libro de Job.

¿Qué es lo que Job concluye en su impaciencia motivado por su sufrimiento? La vida no es más que una carrera a la muerte. Es como la lanzadera de un tejedor, que pasa de un lado a otro con rapidez, y llega demasiado pronto a su fin. Ya no ve esperanza. “Y mis días fueron más veloces que la lanzadera del tejedor, Y fenecieron sin esperanza”. Ve su vida sólo como un soplo, algo transitorio, que en un momento está, y al siguiente ha desaparecido para siempre. La vida no parece significar nada. Si había algo bueno en la vida, eso se acabó; no lo volverá a ver. “Acuérdate que mi vida es un soplo, Y que mis ojos no volverán a ver el bien”.

Esto es Job en la profundidad de su depresión espiritual. Y estos son los pensamientos que han venido a muchos creyentes cuando les ha tocado un tiempo de severo sufrimiento. Pero Job no se quedó en estas profundidades. Y si lo hemos acompañado en este agujero negro de los pensamientos hoy, es para que terminemos también mirando al único lugar en el cual Job encontró consuelo en medio de su sufrimiento. “Yo sé que mi Redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo; Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; Al cual veré por mí mismo, Y mis ojos lo verán, y no otro, Aunque mi corazón desfallece dentro de mí”. Sólo en ese Redentor podía haber consuelo y alivio cuando todo bien en esta vida parecía abandonarlo. Y sólo en él nosotros también podremos encontrar el sentido que hay detrás de tantas cosas y sufrimientos que hacen parecer sin sentido a la vida.

Miremos ese Redentor, en el Evangelio de hoy. Allí también hallamos a gente que sufre. Tenemos a la suegra de Pedro. De ella nos dice: “Y la suegra de Simón estaba acostada con fiebre; y en seguida le hablaron de ella. Entonces él se acercó, y la tomó

de la mano y la levantó; e inmediatamente le dejó la fiebre, y ella les servía”. Y ella no fue la única que encontró alivio en Jesús. “Le trajeron todos los que tenían enfermedades, y a los endemoniados; y toda la ciudad se agolpó a la puerta. Y sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios”. Jesús es el que sufrió mucho más aun de lo que Job padeció. Y lo hizo por nosotros, llevando nuestras enfermedades. Ha conquistado el dolor y la enfermedad para nosotros también. Y si en su sabiduría no da el alivio en esta vida, nos asegura al mismo tiempo que el sufrimiento y el sepulcro no tienen la última palabra, como le pareció muchas veces a Job. Más bien, “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”. Ésta es la fe que consoló a Job en el capítulo 19 cuando habló de su Redentor. Y esto es lo que puede consolar y fortalecer a nosotros cuando estemos en las terribles batallas con el dolor y la enfermedad.

¿Por qué podemos tener esta seguridad aun cuando todos nuestros sentimientos y toda nuestra experiencia parece contradecirlo? “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”. Es porque con su muerte en la cruz, él ha quitado la causa de todo dolor y enfermedad. Ha soportado en nuestro lugar el castigo de nuestros pecados, de modo que cualquier sufrimiento y enfermedad que nos toca ahora no es sin sentido, sino viene de la mano de un Dios que sólo quiere y ha querido nuestro eterno bien. Tiene que servir, como la de Job, como una sana disciplina para ejercitar nuestra fe y hacerla aferrarse siempre más al Señor Jesús solamente. ¿Podemos realmente siquiera imaginar que el Dios que “no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros”, realmente ahora sólo quiere destruirnos y echarnos a perder? Aunque parezca interminable, y aunque parezca insostenible, Dios hallará el momento perfecto para dar el deseado alivio, si no en esta vida, entonces al conducirnos a la próxima vida mejor.

Así, cuando seamos tentados a pensar como Job en nuestro texto, o cuando escuchemos a algún hermano hablar así, recordémonos y recordemos a otros estas grandes verdades de Cristo. Sólo en él encontraremos quien nos ilumine los días oscuros de la enfermedad. Amén.